

lexis

Vol. XXXI (1 y 2) 2007

revista de lingüística y literatura

DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES



FONDO
EDITORIAL

Sintaxis, ¿campo de *langue* o de *discours*?

Luis Jaime Cisneros
Pontificia Universidad Católica del Perú

“Il n’est de science que de ce qui est caché”

Gaston Bachelard

1.1. Enfocar el tema de la enseñanza de la lengua materna en el nivel universitario obliga hoy a enfrentarnos con panoramas insospechados. Aun cuando el asunto no sea de reciente data, el hecho convoca a reflexiones muy diversas de las que podría habernos deparado quince años atrás. Mucho se ha avanzado en el campo de las Ciencias Humanas. Mucho se ha andado y desandado en el campo de las Ciencias Sociales y en el terreno de la Antropología. Y es realmente significativo el progreso (y el consiguiente beneficio) operado en el área de la Psicolingüística y la Patología del Lenguaje, para no decir palabra sobre lo que ahora debemos a la Teoría de la Comunicación. La enseñanza universitaria del lenguaje no ha podido desentenderse de todo ello. Por eso la perspectiva no es la misma de años atrás, pues otros son los problemas que afronta y diversa es la problemática ofrecida.

1.2. Cierto es que el análisis de la lengua lo hacemos a partir de una experiencia directamente vivida de creaciones e interpretaciones lingüísticas. En virtud de que hemos sido constantes realizadores

de lenguaje, hemos ido internalizando de tal manera mecanismos y realidades, que no nos resulta fácil acostumbrarnos al esperable rigor que exige una descripción de la lengua y de sus mecanismos, hecha desde afuera de ella y alejada, también, de nuestra aludida experiencia. No es fácil la abstracción necesaria. Esto comporta una dificultad real, no aparente.

1.3. De otro lado, hoy estamos cogidos por una preocupación sobre las cosas que nos rodean, que, aparte de no ser ajena al lenguaje, es compartida con la preocupación a que hoy nos convoca la comunicación. La comunicación no es ahora ajena a la realidad de los hombres y las cosas con quienes vivimos y compartimos esta hora de la cultura y el mundo. Como las ideas y las cosas alcanzan en la actualidad definición y extensión semántica variables y distintas, es natural que toda reflexión sobre enseñanza lingüística se vea lindando con una natural inquietud por la enseñanza del mundo y de las cosas que el lenguaje describe y ayuda a conservar para generaciones sucesivas. Nada del mundo nos es ajeno, y —por eso mismo— preocuparnos por el lenguaje no implica despreocuparnos de ‘lo otro’, sino que *en lo otro* también estamos desde que el lenguaje lo roza y lo trata, lo descubre y perenniza, lo alimenta y recrea, lo describe u olvida decisivamente. Es decir, *lo otro es lo mismo*. El lenguaje sobre el que necesitamos reflexionar es este con que vivimos, hecho como está de una materia cuyo prestigio exaltan las gramáticas y cuya extraordinaria substancia viven en sus mismas raíces hasta los analfabetos, hombres simples y taciturnos que realizan y concretan hermosamente su vida con el trabajo sin escritura, amasando en palabras viejas y modernas su destino, su tristeza o su felicidad.

1.4. En los últimos decenios, nuestra ciencia se ha beneficiado con el avance de otras disciplinas, ciertamente. No hemos progresado tanto como las Ciencias Naturales en cuanto a relaciones interdisciplinarias, pero son varios los intentos realizados, de los que podemos sentirnos satisfechos: Sociolingüística, Neurolingüística, Patología del Lenguaje, Psicolingüística, Cognitiva y Pragmática

son hoy realidades, para solo nombrar algunas. Mucho es lo que esperamos todavía, con ser ya bastante cuanto debemos a los avances en Matemáticas y en Teoría de la Información. Lo que hay de común en la esfera de las Ciencias Humanas ha de depararnos todavía insospechada cosecha (Piaget 1966).

Esto ha influido positivamente en el destino de nuestros propios estudios lingüísticos. Como consecuencia de ello, a lo largo de los últimos treinta años, se advierte en los congresos internacionales un afán pluralista de la disciplina, una revaloración de muchas corrientes que habían asignado importancia a la esfera emocional y que parecían —si no periclitadas— tenidas a menos por los estudiosos que creyeron advertir en el auge estructuralista (así como en sus deformaciones) más que un involuntario desdén, una recusación definitiva. Los estudios sobre el aspecto poético del lenguaje, la vinculación de las investigaciones sobre métrica con los postulados fonológicos de Praga, los temas vinculados con la potencia creadora del hablante, han reaparecido ahora, enriquecidos por una sólida información teórica y por una nueva metodología, que mucho debe a esos contactos interdisciplinarios aludidos (Jakobson 1962).

1.5. Hemos aprendido que un estudio gramatical no solamente exige buena documentación, sino un concienzudo análisis de los detalles y de sus relaciones dentro de las totalidades. Frente a quienes defienden la necesidad de dar cuenta del contacto con la realidad, y frente a quienes se esmeran por imponer una actitud estrictamente racional, prefiero compartir la idea de quienes reclaman como necesario recurrir a la dialéctica (Blinkenberg 1966). La dialéctica no sólo quiere constituir una filosofía totalmente abierta, sino que busca abrirse paso en el campo metodológico. Parte de la afirmación explícita de que la ciencia es simultáneamente contacto con la realidad y referencia a la razón. Bachelard lo afirma de modo esclarecedor: “si la ciencia experimenta, hay que razonar; si razona, hay que experimentar”. Esto implica el diálogo constante de la teoría de la experimentación y de la intuición. No se trata de rechazar uno u otro método. Se trata de aceptar otros tantos puntos de vista,

como la sola manera de combatir el dogmatismo y hacer viable la investigación.

1.6. Nuestra labor docente está sometida a honda reflexión en el aula universitaria. La advertimos los docentes, y puede rastrearse a través de las preguntas con que a veces nos sorprenden los profesores jóvenes o los alumnos interesados en la especialidad. Hay dos tipos de consultas que se llevan la palma: a) si es verdad que para asegurar el nivel científico de la enseñanza debe ofrecerse una explicación sobre base estructuralista; b) cuál es el estructuralismo que debe divulgarse; o, planteado en otros términos, cuál es preferible. Para un profesor joven, empeñado en ‘estar al día’, se trata de preguntas capitales, capaces de poner a prueba su idoneidad. El solo planteamiento evidencia confusión en el punto de partida. Por eso nuestra respuesta suele defraudar la expectativa, y a veces hasta transforma en perplejidad la sana voluntad de renovación. Una teoría no es un punto de partida sino de llegada: a ella deben acceder los alumnos movidos por las revelaciones que vaya ofreciendo una seria observación científica; y en ella deben encontrarse tras haber recorrido el amplio territorio con ojos físicos y con ojos mentales.

Y es que la calidad científica de la enseñanza no depende de la teoría gramatical que se profese, sino del modo como los hechos lingüísticos se encaren y se analicen. Un profesor, en este nivel introductorio, debe partir de una teoría en la que crea sólo como un modo de garantizar la congruencia de su enseñanza. Porque no se elige una teoría gramatical, sino en función de su eficacia operativa: lo que la torna pedagógica es su capacidad para producir la reflexión y para incitar a la investigación. No su verdad. Si de esto último se tratase, todos sabemos que no hay teoría gramatical valedera hoy en todas sus instancias.

1.7. Tampoco tiene sentido, en un alarde erudito al que todos hemos rendido tributo en nuestra hora inicial, ofrecer a los estudiantes un abanico de teorías. Como no están ejercitados aun en la reflexión ni en el ejercicio del discernimiento crítico, no se hallan en

capacidad de optar. Este es trabajo para los ya iniciados, a quienes mueve ya un interés visible y se hallan animados por una voluntad de búsqueda. Suele ocurrir que el profesor, por gravitación de trabajos y lecturas, por gracia de la misma docencia, y al amparo de frecuentes observaciones de colaboradores y discípulos, llega a una posición personal, tal vez ecléctica para quienes aman los encasillamientos, posición desde la cual cree cumplir con la tarea de explicar y promover la duda, base de todo trabajo realmente científico.

1.8. Este es nuestro cometido actual: ofrecer a los estudiantes una visión de la problemática que plantea hoy un libre acercamiento a la sintaxis. Son jóvenes para quienes ha quedado ya claramente establecido que “lo lingüístico es consustancial a lo social, hasta tal punto que la sociedad resulta ininteligible si no se considera lo lingüístico (propriadamente dicho) así como los demás sistemas de significación, en los mismos estudios de sociología general” (Uribe 1970: 38). Son estudiantes en quienes se afirma la convicción de que, puesto que el lenguaje “ayuda a regular el pensamiento” y a “organizar la experiencia”, resulta el colaborador más eficaz en el desarrollo de la autoconciencia social. Son estudiantes, en fin, que respecto de este último tema tienen percepción real y aguda, favorecida por su constante vivir en nuestro entorno, donde la función catalizadora del lenguaje, desde un punto de vista social, ha sido analizada con agudeza por Alberto Escobar (1972a; 1972b).

2. Deslindes necesarios: la lengua es un sistema

2.1. Está en Meillet, antes que en Saussure: la lengua es un sistema. Pero *sistema*, para Saussure, si bien aparece como un concepto fundamental, que él fue el primero en reconocer, no se halla formulado con claridad. No acertó Saussure a mostrar un orden obligatorio en un sistema tan distintamente como el establecido por él para los casos; al extremo de que llega a afirmar que se debe a un acto puramente arbitrario el que los gramáticos los agrupan de un modo u otro. Decir que es un sistema es decir verdad, por cierto. Pero

verdad reclamada de precisiones. No solamente es un sistema ‘en sí misma’, sino que se halla internalizado (en tanto que sistema) en nosotros. Y ese es otro cantar, germen de reflexiones, dudas e interpretaciones.

2.2. La lengua no es un sistema solo por el hecho de constituir un conjunto de signos. Lo es paralela y fundamentalmente, porque es una representación de los medios formales enlazados en su mecánica, en virtud de los cuales ese conjunto adquiere coherencia. Eso es lo que necesita probarse para asegurar rigor científico a la afirmación. La internalización en nosotros de la lengua no se vincula con el saber relativo a su historia, sino que consiste en una herencia de las estructuras que alcanzaron éxito (es decir, resultaron ser pertinentes) en las distintas etapas por que atravesó la lengua, fijadas y transmitidas de generación en generación.

2.3. La afirmación de que la lengua es un sistema debe llevarse hasta las últimas consecuencias. Qué la convierte en sistema, y qué le impone ese carácter resulta ahora lo importante y decisivo. Porque ha quedado en pie la advertencia de Gustave Guillaume: es un sistema “y no puede ser cosa distinta de eso”. Afirmar que la lengua es un sistema significa, en tales condiciones, que estamos en capacidad de desmontarlo en sus elementos integrantes, con ánimo de verlos interiormente en su capacidad individual y en su capacidad integradora. Como en el rompecabezas: lo único que nos prueba la congruencia y plenitud del modelo es la posibilidad de desarmarlo en cada uno de sus elementos integrantes, susceptible de individualizarse en su forma particular, que al mismo tiempo muestra también sus propiedades articulatorias. De ahí, al mismo tiempo que elemento individual, reconocible y distinto de los otros cuyo destino comparte (*paradigmátia*), una pieza sea también prefiguración de un fragmento del modelo final, síntoma de una voluntad sintagmática, coadyuvadora del modelo integral y, como tal, un segmento, a su vez, del modelo deseado. Es decir, diseño y aptitud constituyen la sola razón de la presencia del trabajo en el conjunto. A la par que lo

definen y limitan, los perfiles de un trebejo denuncian la capacidad de ensamblamiento que le es inherente. Lo advertimos mejor cuando descubrimos, de improviso, que nos falta un trebejo, y en el vacío que deja, comprobamos la presencia no solamente de sus límites formales, individuales, sino la de su propia capacidad integradora en relación con el conjunto. Entonces debemos admitir que en la idea saussureana de que la lengua es un sistema puede reconocerse una alusión a cierta “geometría imperante en las profundidades del espíritu humano, reproducida en su estructura por la lengua” (Guillaume 1966: 4-19).

2.4. Que la lengua sea un sistema no siempre anuncia que su contenido total responde a un carácter sistemático. Al afirmarlo, apenas queremos poner de relieve que “ninguna parte de su contenido, por lo mismo que esa parte se distingue de otras (=se individualiza), escapa a una clasificación”: por eso los teóricos del lenguaje convienen en que una noción cualquiera (que el espíritu reconoce como distinta de otras) pertenece simultáneamente a un sistema donde (según su naturaleza y el modo en que está concebida) será verbo o sustantivo, lo que muchos gramáticos reconocen como ‘partes del discurso’.¹ Ya Meillet había reconocido una inmanencia y una trascendencia en la lengua, lo que en buen rigor científico, implicaba admitir que la lengua es un sistema de sistemas, como en memorable ocasión lo comprobó Roman Jakobson. La lengua los congrega y los contiene: se trata de un sistema intrínseca y potencialmente reiterativo. Es, como explicó Guillaume, un fenómeno cinético dentro de un cuadro estático. Sistema cerrado para quienes lo ven desde afuera; pero abierto a la reiteración para quienes aprenden a penetrar en su interior. Todo intento de aproximación a la sintaxis se reclama de esta necesidad de preparar los ojos para no perderse en la contemplación de lo aparental, sino para saber observar en profundidad. Es decir, no ojos para ver sino para penetrar, que sirvan como el microscopio o la lupa

¹ Eso ha llevado a Guillaume (1964) a arriesgar la tesis de que las ‘partes del discurso’ no pertenecen al *discours* sino que constituyen un *hecho de lengua*.

sirven: a quienes se mueven en el campo de las ciencias físicas. Ver para admirar. De ese modo conseguiremos que nuestras reflexiones sobre sintaxis no se reduzcan a una información sobre las construcciones materiales de la lengua, sino que alcancen a ser la explicación del proceso mismo que, originado en la voluntad de comunicación del hablante, penetra en la lengua para seleccionar de entre sus varios elementos aquellos que resulten indispensables a la organización y maduración de un enunciado.

2.5. Siendo la lengua un sistema, debemos admitir también la posibilidad de aplicar la técnica de análisis de sistemas como una de las maneras de ayudar a conocer las operaciones del mismo sistema, orientadas hacia una toma de decisiones, que se reducen a la formulación de un enunciado determinado. Es evidente que para manejar el sistema necesito conocerlo íntimamente. Lo conozco por medio de la observación, de la experiencia y de la intuición. Un requisito importante: observar exige no sobrepasar los datos de la observación; no formular deducciones imprudentes. Distinguir lo que es un rasgo fundamental de la lengua de aquello que no pasa de ser una modalidad particular regional es imprescindible exigencia científica; y por lo tanto, es exigencia pedagógica.

2.6. ¿Por qué se hace necesario este deslinde, si vamos a trabajar sobre sintaxis? Porque cuando afirmamos y comprobamos que la lengua es un sistema, lo hacemos desde la perspectiva, ya consagrada, de “la operación final de la comprensión”. Pero lo que tiene la lengua de sistema no lo debe a hechos sociales cambiantes, sino a hechos humanos, constantes, que condicionan el pensamiento humano, “y sin los cuales ella sería inexistente”. Necesitamos que nuestro observador se sitúe en la otra perspectiva, anterior a la de comprensión, que es la de formulación del enunciado, para ver cómo se manifiesta, cómo se hace evidente que la lengua es, efectivamente, un sistema.

2.7. Claro está que este planteamiento coloca otros deslindes en la perspectiva. Debemos colocarnos en la perspectiva de la

comunicación. La comunicación está compuesta de frases y palabras, y estas palabras “tienen contenidos complejos, segmentables en varios niveles y en varios aspectos” (Alimanova 1963: 16): como consecuencia, el significado de una palabra se halla en parte asegurado por su pertenencia a ‘una clase de palabras’, así como al hecho, también innegable, de que deriva de ciertos morfemas que la integran. No interesa a nuestro propósito analizar ni discutir los problemas a que todavía convocan la ‘clase de palabras’ y la ‘significación’. Me basta con hacerme cargo de lo discutible y discutida que es hoy la existencia del significado puro. Y me es suficiente estar enterado de qué se significa en la frase y a través de las palabras y de las relaciones establecidas entre las palabras. De otro lado, sabido es que la confrontación de lenguas nos depara la certeza de que los significados no siempre coinciden ni siempre son equivalentes. O sea: hablar del ‘significado puro’ es mencionar algo en realidad inexistente. Lo único cierto es que toda palabra, “en tanto que pertenece a una clase sintáctica, ofrece una red de posibilidades combinatorias que parcialmente se actualizan en los enunciados en que la palabra aparece” (Admoni, cit. en Stati: 51).

3. Otro deslinde: morfología

3.1. Son precisamente los alumnos más lúcidos los que advierten una nebulosa en las supuestas fronteras entre morfología y sintaxis. Para ellos, es muy claro que las reglas corresponden a la sintaxis, y que todo lo concerniente a las grandes agrupaciones corresponde a la morfología. Cuando solicitan aclaraciones para sus dudas, lo más prudente es convocarlos a la meditación, que es buen ejercicio universitario. Ya en la primera edición del *Cours* se puede leer que para el propio Saussure la morfología carecía de autonomía y de objeto, y no podía constituir disciplina distinta de la sintaxis (Saussure [1916] 1987: 192). En las Actas del Congreso de Lingüística de 1948 se nos ofrece sesuda documentación sobre esta perplejidad. Ya Brugmann advirtió cierta dificultad en establecer el deslinde, y por eso observamos que lejos de aludir a una u otra, se esmeró en pun-

tualizar únicamente que el estudio de la frase difería de las formas gramaticales y su empleo.

3.2. Unos pocos ejemplos pueden servir para iniciar al alumno en la meditación:

- (a) Te aseguro que esta manzana es *indigerible*.
- (b) No veo ninguna solución *posible*.

La comparación de los ejemplos a) y b) revela un rasgo común en ambas frases: la sucesión fonemática *ible*. Las frases se diferencian en todo el resto. Si seguidamente recurrimos a una tercera frase, y la confrontamos con la primera, obtendremos nueva observación:

- (a) Te aseguro que esta manzana es *indigerible*.
- (c) Te aseguro que esta manzana es *californiana*

La comparación de (a) y (c) revela que ambas frases tienen un todo común y solamente difieren en la presencia de *indigerible* y *californiana*. Ambas confrontaciones no tienen nada que ver con la sintaxis. Pero una observación más detenida nos invita a comprender la gran distancia entre los empleos de *-ible* y *-iana*, por un lado, y los de *californiana* e *indigerible*, por el otro. Habría ocurrido lo mismo si en el ejemplo (c) hubiésemos reemplazado *manzana* por *pera*. Los primeros empleos aparecen necesariamente *siempre* detrás del signo a que van unidos por el sentido: son sufijos. En cambio, *indigerible* y *californiana* (como *manzana* y *pera*, en el otro supuesto) aparecen empleados con una mayor libertad, frente a esa apuntada restricción de los primeros.

3.3. Todavía enriquecemos esta observación con otra. La relación entre *manzana* (o *pera*) y el verbo *es*; o entre *manzana* y *californiana* (o *indigerible*); o entre *es* y *californiana* (o *indigerible*), será siempre la misma, así interpusiésemos entre ellas otros signos, o así invirtiéramos el orden en que aparecen en mis ejemplos iniciales:

- (d) Te aseguro que es indigerible esta manzana.
- (e) Te aseguro que es decididamente indigerible esta manzana.
- (f) Te aseguro que esta manzana redonda es californiana.

El orden en que aparecen no tiene ahora nada que ver con la fonología ni con la semántica. Tiene que ver con la sintaxis.

3.4. Muchos estudiantes se ven solicitados por las definiciones de *palabra* y *frase*, que aun cuando constituyen, o pueden constituir, empresas necesarias en Lingüística, no ayudan a resolver concretamente el planteamiento que nos preocupa de la sintaxis. Para no desviar la reflexión, es preferible comprobar que el plano de la palabra y el de la frase no coinciden, pero tampoco se hallan en relación recíproca, sino que, en verdad, se encuentran en una relación semejante a la existente entre la palabra y el complejo de fonemas que la constituyen. La dicotomía de Martinet puede servirnos para precisarlo, aunque nosotros pensamos en la posibilidad de reconocer tres articulaciones, como Rossi (1977: 55-68).

3.5. Todavía encuentro plausible y válida la Morfosintaxis que defiende Togeby. Según él, estamos ante elementos cuya combinación determina la progresión sintáctica. De acuerdo con su explicación, la sintaxis considera el texto como “une progression vide”, donde podemos advertir “composées à leur tour de places vides (les membres des syntagmes)” (1949: 299-300). La sintaxis estaría encargada de estudiar el orden y las relaciones mutuas de los sintagmas y de sus miembros, de los cuales dependerían las relaciones existentes entre los diversos elementos del texto. La alusión al contexto, a la progresión y a las relaciones torna suficiente el planteamiento, habida cuenta de que el deslinde no interesa a nuestra reflexión.

3.6. Lo positivo es que, ante un enunciado, descubrimos la existencia de una expresión y un contenido (o, si se prefiere, de un significante y un significado) confundidos en su función de signo lingüístico, de modo tal que, tanto en uno como en otro plano, al verse

reiterado en múltiples combinaciones, un determinado número de elementos sistemáticos constituyen la *progresión* de dicho enunciado. La morfología estudiará el sistema, con abstracción de la progresión textual. La sintaxis estudiará la progresión, con abstracción de los elementos del sistema.

4. Aproximación a la sintaxis

4.1. Aun admitiendo, con Coseriu, que “la realidad lingüística no es toda forma, ni es toda observable”, debemos acercarnos al campo sintáctico partiendo, como punto de observación, de la organización de la frase. Pedagógicamente es preferible no ofrecer al estudiante una definición sobre la sintaxis. Mejor es enfrentarlo a esa realidad, para que aprenda a reflexionar sobre ella. Es decir, prefiero llevarlo como usuario del discurso antes que como analista de los usos. Después de todo, nuestra experiencia (y, por ende, nuestra competencia) se da en tanto que habitantes, y no como observadores ni analistas. Y, felizmente, las lenguas son de los hablantes y para los hablantes, y no para goce exclusivo de los filólogos. Con ese primer deslumbramiento podremos ordenar y comprender mejor las teorías que al respecto nos ilustran e iluminan el camino de la investigación.

4.2. En la sintaxis necesitamos corroborar que la lengua es un sistema, y comprobar en qué medida viven en maridaje extraordinario lo que en la lengua hay de fijo y lo que se halla a merced de nuestra libertad individual. Para Saussure, la sintaxis supone una teoría de la agrupación lineal de las palabras; y en ese sentido, es característica de los hechos sintácticos el que se produzcan entre dos unidades por lo menos, las cuales se hallan repartidas en el espacio (Saussure [1916] 1987). El estudiante debe comprender lo que hay de fluido en la sintaxis; por eso debe hacer frente a la sintaxis de los hablantes antes que a la de los lingüistas. Al fin de cuentas, una sintaxis verdadera es siempre “una sintaxis fluida, si es estructural y funcional” (Rona 1968: 13).

4.3.1. Una cosa es cierta. Para el hablante, en lo que concierne a la expresión, la sintaxis supone una capacidad de combinar elementos; en lo que mira al contenido, es verdad que se ocupa “de las relaciones entre las palabras con miras a las unidades más pequeñas de la enunciación, las frases, que alcanzan una posición relativamente autónoma en la enunciación” (Trnka 1941: 67). Esta afirmación implica la existencia de los monemas, ya que estudia las relaciones entre esas unidades responsables de que ellas constituyan un enunciado (François: 249).

4.3.2. Esta capacidad de combinación debe merecer atención especial. No solamente se trata de una capacidad del hablante para combinar los elementos, sino que es también una aptitud que dichos elementos tienen para combinarse (cf. nuestro ejemplo del rompencabezas en 2.3). Sabido es que nuestra libertad de combinación tiene gamas diversas. La escala de posibilidades es ascendente. No hay posibilidad de ejercer la libertad, si se trata de combinar rasgos distintivos de fonemas, puesto que todas las posibilidades de esta laya están contenidas y circunscritas. La misma libertad para combinar fonemas y lograr palabras está circunscrita a la situación marginal de la creación de palabras (Martinet 1971: 120). En cambio, la restricción es menor (y mayor la perspectiva del usuario en lo relativo a su facultad creadora). La perspectiva se amplía en cuanto se trata de combinar frases en enunciados.

4.3.3. No debe perderse de vista en qué medida esta capacidad de combinación se halla ligada al contexto, ya que de alguna manera implica admitir que todo signo está constituido por signos constituyentes, y puede aparecer combinado con otros signos. Y, como precisó Jakobson: “toute unité linguistique serve en même temps de contexte à des unités plus simples et/ou trouve son propre contexte dans une unité linguistique plus complexe” (1963: 48). Contexto y combinación son, por eso, dos formas de una misma operación. Tampoco debe desatenderse el hecho de que la combinación no es la única posibilidad de ordenación a que hace frente el usuario. Existe

la posibilidad de selección, que implica la posibilidad de sustituir un signo por otro “que equivale al primero en algún aspecto, pero difiere en otro”. De donde, selección y sustitución resultan, por su parte, dos fases de una misma operación.

4.3.4. Ambas perspectivas son, pues, importantes, pues en tanto que la *combinación* es un modo de organizar *in praesentia*, la *selección* implica una unión de términos *in absentia*. Y esto va a tener trascendental importancia a la hora de hacernos cargo del *proceso* de organización de la frase. Saussure, que entrevió estas características, no las explotó suficientemente ([1916] 1987). Poner en relación las palabras no es juntarlas en la estructura superficial, organizando una secuencia lineal: es establecer entre ellas, en la estructura profunda, un enlace que de alguna manera es significativo.²

4.4.1. Apenas el estudiante encara la organización de la frase, se siente visitado por la preocupación de lo gramatical. Lo gramatical está previsto en la problemática sintáctica. Mas que un conjunto de frases (o de un esquema de frases), una lengua es “un conjunto de esquemas de formación, mucho más pequeños, que al combinarse permiten al hablante producir esquemas de frase” (Gleason 1961: 86). De ese modo, tales esquemas conforman la lengua; y las frases resultan, así, constituidas por “construcciones dentro de construcciones”.

4.4.2. Una gran perplejidad preside todo intento de precisar los límites de la sintaxis y deslindar todo cuanto la separa del ámbito de lo gramatical y lo semántico. Hay quienes piensan que lo gramatical es lo propiamente sintáctico, aplicado “a las mismas reglas

² Dice Tulio de Mauro: “En el espacio subyacente a la estructura superficial, esto es, a la secuencia de operaciones que llevan de la estructura del signo como sintagma compuesto de monemas a la asignación de un significado total, damos, siguiendo el uso terminológico de ‘profundo’ introducido por L. Wittgenstein, recogido por Ch. Hockett y generalizado por Chomsky, al nombre de ‘estructura profunda’” (1986: 82).

con que se ponen en relación las palabras de la cadena hablada” (Adrados: 251). Muchos piensan que la sintaxis solo debe ocuparse de las relaciones de los signos entre sí, en tanto que sería materia de la semántica convenir en la primera parte de este planteamiento, siempre que acordemos que *la relación* es también un elemento de experiencia que el hablante debe comunicar al oyente “en un plano de igualdad con los términos de esta relación” (Martinet 1971: 174). ¿Está esa *relación* de alguna manera prevista en el código de la lengua? Es pregunta inevitable para el estudiante, si es que ha podido seguir el penetrante análisis formulado por Osgood, desde una perspectiva psicolingüística, de los procesos de codificación y decodaje (Osgood *et al.* 1975: 278-281). El oyente *comprende* a partir del código de la lengua; si el mensaje existe para él, es porque el código lo ha hecho inteligible y el sistema de la lengua lo ha posibilitado. ¿Se hallan también previstas en el código esas *relaciones* que el hablante debe transmitir, y en virtud de las cuales el enunciado va a adquirir precisamente ese carácter? En ese instante, la sintaxis se ofrece como una extraordinaria tentación para la investigación lingüística. El lenguaje se muestra ahora en tanto que principal instrumento de comunicación (portadora de información) y como principal instrumento de interacción social. Si no se transmitieran esas ‘relaciones’ no habría posibilidad de comunicación, puesto que no habría comunicación total si faltase un conjunto de ‘posibilidades preconcebidas’ o de ‘representaciones prefabricadas’ como se trasluce de los estudios cibernéticos de Mc Kay.

4.5. Para descubrir en qué medida lo sintáctico se halla vinculado con lo gramatical, podemos tomar en cuenta la teoría de la doble articulación de Martinet.³ Una lengua es un instrumento de comunicación, que actúa a través de emisiones vocálicas, y, por lo

³ En otro lugar (Cisneros 2006), establezco mis apreciaciones respecto de la doble articulación. Ahí propongo hablar de una primera articulación representada por la unidad melódico-semántica (coincidente, tal vez, con los Constituyentes Inmediatos de Bloomfield). La segunda articulación estaría representada por los monemas de Martinet. La tercera estaría encomendada a los fonemas.

tanto, lineales. Martinet analiza el enunciado en dos tipos de unidades sucesivas, unas distintivas y otras significativas. Podemos momentáneamente admitir que entre estas dos unidades (distintivas y significativas) hay sustancial diferencia basada en la fundamental discrepancia en el comportamiento sintáctico de fonemas y monemas. El significante de *soldadesca* no está dado exclusivamente por la sucesión de fonemas /s/, /o/, /l/, etc., sino por la posición específica de ellos en la agrupación fonemática. Esa posición es fundamental para la fijación del sistema fonemático del lenguaje (Trubetzkoy 1949: 93-245). El orden no es pertinente en el monema. La presencia del fonema es fruto de una elección exclusiva, pero no es tan tajante en relación con los monemas (Martinet 1962: 62). Y el orden de los Constituyentes Inmediatos solamente tiene relevancia para los valores estilísticos. Esto tiene su importancia, a propósito de la capacidad de combinación; porque, si es verdad que podemos hacer un inventario de la capacidad de combinación de los fonemas, no podemos realizarla, con la misma eficiencia, respecto de los monemas.

4.6. Se impone ahora aludir a las capacidades del hablante. Es principio consagrado en Antropología que únicamente los hablantes nativos se hallan en condiciones de manifestar la estructura del idioma en todos los niveles. Es afirmación felizmente cada día más frecuente entre lingüistas: los modelos auténticos los ofrece el hablante nativo. Ciertamente es que esta afirmación produjo consecuencias en el campo de la enseñanza de una L2 antes que en el de la propia lengua materna, atraída entonces por la prestancia de un descriptivismo gramatical, que no era ciertamente una descripción de las actuaciones del usuario, sino la de ciertos modelos intencionalmente segregados para el análisis y la descripción. La gramática esperada comportaba una descripción de cómo estaban constituidas las frases y de cómo se distribuían las formas lingüísticas. Pero esa explicación no garantizaba el uso ni el dominio, y, por ende, ignoraba la destreza. En cambio, era evidente que la destreza sí facilitaba la explicación que, entonces, mostraba su utilidad. Sin embargo, era evi-

dente para muchos que “las reglas son la descripción de la actuación misma” y valen en realidad como “resúmenes de comportamiento” (Politzer y Staubach 1961: 8).

5. Las definiciones: su presunta función pedagógica

5.1. Decir que el sustantivo designa una sustancia no es útil porque, en definitiva, no sirve para reconocer al sustantivo. La definición nos facilita reconocer un modo de significación, pero no una forma. Prescindiendo de que *sustancia* solo se entiende como traducción de *ousía*: “lo que puede conseguirse en sí y por sí”, dice Aristóteles. El sustantivo no puede ser definido en inglés, porque es un objeto: se describe, se constituye, pero no se define. En inglés, debemos reconocer que la expresión *sustantivo* resulta una tautología.

5.2. No ayudan realmente al estudiante las varias definiciones sobre sintaxis que corren en los textos. Hago gracia de muchas de ellas, y me concentro en las más frecuentadas. Para Bloomfield, se trata de “that part of Grammar comprising syntactic constructions” (1933: 184).⁴ En el *Outline* de Bloch y Trager leemos: “Syntax deals with the combinations of words in phrases and sentences”; más adelante, podemos recoger esta observación: “the analysis of constructions that involve only free-forms” (1942: 53).

5.3. La Escuela de Praga, tanto en sus tesis de 1928 cuanto en las de 1957, puso énfasis en destacar que la sintaxis tenía que ver con el *habla*, aun cuando reconocía que no dejaba de tener relación con la *langue*. Hemos recordado que, para Trnka, la sintaxis tenía por misión ocuparse de las relaciones entre palabras, con miras a la frase, cuya autonomía en la entonación alcanzaba, para Trnka,

⁴ Bloomfield tiene por construcción sintáctica: “the construction of free forms (and phrase formations) in a phrase” (1933: 184). Pero seguidamente define la construcción como “recurrent same of order”, y piensa que el número de construcciones en un idioma es un pequeño submúltiplo del número de formas. Más adelante, reconocerá como *syntactic* “such phonema comprise cross-reference, concord, government, word-order” (1933: 161).

esencial importancia. Los estudios gramaticales de Alarcos y los de Hernández Alonso nos colocan en la misma perspectiva. Y hay que recorrer ahora minuciosamente los tres volúmenes de la espléndida contribución de Ignacio Bosque y Violeta Demonte (1999).

5.4. Bien mirado, toda la Lingüística (y, por cierto, toda la gramática) es interpretación. Este carácter general de la lingüística descriptiva se confirma en la interpretación de los textos. Y cuando la gramática se da al nivel del texto, se convierte en análisis gramatical, donde descubrimos las funciones realizadas, identificadas mediante análisis, gracias al cual logramos analizar qué expresa tal o cual construcción. Los errores no se comprueban, en *langue* sino en *discours*.

5.5. ¿Puede alguno de estos planteamientos satisfacer la inquietud de un estudiante, cuyo interés por el conocimiento no busca circunscribirse a estar informado de lo ya establecido, sino que se ve animado por la curiosidad de averiguar el porqué y el cómo que constituyen en realidad el objeto verdadero del conocimiento? ¿Puede esto satisfacer a quien por imperativo de la vida universitaria, se ha visto frecuentador, por lo menos, de una L2 y ha advertido, por tanto, que lo que hacía problemático el conocimiento cierto de esa segunda lengua (=su destreza, su actuación) no afincaba ni en el terreno de la fonología (resuelta ahora con la ayuda de eficaces laboratorios electrónicos), ni en el del léxico (cuya familiaridad venía garantizada, de adhehala, por estupendos manuales auxiliares), sino que se estrellaba precisamente en este terreno de la sintaxis, para cuya aprehensión no bastaban los libros que definían, eufemizaban, metaforizaban, glosaban (pero *nunca describían*) operaciones sino resultados. Lo confiesan con gran desparpajo, muchas veces, los propios estudiantes: en materia de sintaxis, el ‘saber’ consiste en algo así como en acertar. Y si hay que acertar, ¿no estamos en el terreno de la intuición? Y si lo admitimos ¿no estamos haciendo una concesión muy grave a la psicología? Claro es que hay teóricos que lo defienden. Pero no se trata de aceptarlo en virtud del prestigio de una teoría, sino de admitir que el prestigio de dicha teoría

radica en su probable verdad. Si se trata de la intuición, habrá que rendirse a la evidencia. No digo, *ex profeso*, rendirse a una teoría determinada. Creo que debemos proceder con rigor científico. Y las evidencias podremos comprobarlas en el campo patológico, apenas aprendamos a sacar provecho del enorme material ofrecido por los testimonios de discurso psicótico, los de ordenación frásica de los afásicos, etc.

5.6. Lo dicho plantea la necesidad de reemplazar la sintaxis de los enunciados por la sintaxis de la enunciación. No interesa el *ergon* sino la *energeia*. Es decir, la sintaxis operante en el proceso de organización de la frase. De un lado, eso nos brindará la oportunidad de estudiar fenómenos como la concordancia, la subordinación, la dependencia, la determinación, etc., dentro del proceso mismo de elaboración del mensaje, a partir de las palabras o de los grupos sintagmáticos con que la frase arranca, y a partir de los impulsos que mueven nuestra determinación de propalar el mensaje. Eso permitirá una observación demorada y rigurosa, así como un pormenorizado análisis de cada uno de esos fenómenos que suelen ilustrar los tratados de sintaxis.

6. La enunciación: campo de la observación lingüística

6.1. Así entendida, la sintaxis deja de ser un instrumento de análisis de lo generado y se convierte en el cuadro vivo de la creatividad, y sirve para realzar la creación lingüística y para ponerla de manifiesto y exhibirla en plena ejecución, síntoma claro de los lenguajes naturales.

6.2. Admitido el principio (se diría indiscutible) de que los hablantes nativos estamos capacitados para comprender y crear no importa cuántos enunciados no frecuentados antes por nosotros, esta perspectiva nos coloca en mejores condiciones para penetrar (y comprenderla mejor) en la estructura de la frase. Porque ahora se nos hará más evidente en qué medida la comprensión de esa estructura se relaciona con la comprensión del mensaje. “Si no se puede

entender la estructura de la frase, habrá una dificultad considerable para deducir el significado de palabras hasta entonces desconocidas. La capacidad de descubrir la estructura de la frase, sin conocer el significado de algunas palabras, es una habilidad esencial lingüística” (Gleason 1961: 11). Esa estructura integra también el contexto.

6.3. Esta nueva perspectiva permite, de otro lado, al estudiante encarar abiertamente su responsabilidad de emisor. Porque hasta ahora, por lo mismo que todo lo concerniente a la sintaxis ha sido encarado como producto de una enunciación ya realizada, estaba dando la cara al oyente. Por eso se ha podido afirmar que lo significado por una frase “sólo podrá saberse cuando se ha alcanzado su final”. Ciertamente es así; pero se trata de una afirmación parcializada, que únicamente contempla un aspecto del problema, puesto que nos ofrece solamente la perspectiva del receptor. ¿Y acaso el emisor no está enterado de lo que significará esa estructura, lo que está potencialmente significando durante todo el madurado proceso de su organización, y para lo que está lista para significar en el instante mismo en que sea ya una frase efectiva, sin que haya llegado a tomar contacto con su receptor, es decir, antes de ser comprendida? ¿Acaso no es verdad que, en ese preciso *tiempo operativo* el emisor puede desterrar, corregir, reemplazar ideas, intenciones y palabras?

6.4. Se impone ahora discutir otra preocupación del estudiante, habida cuenta de que debe hacer frente al proceso de organización de la frase, o sea, el íntegro proceso de la *energeia* humboldtiana. Al hablar de sintaxis, ¿estamos en *langue* o estamos en *discours*? Prefero acá la distinción guillaumiana entre *hecho de langue* y *hecho de discours*, que me parece feliz (Guillaume 1966: 410).

6.5. Cuando el lenguaje se hace manifiesto (en la *actuación*), engloba todo lo anterior y ulterior de su perspectiva, pues encierra un *hecho de langue*, del que arranca y un *hecho de discours*, al que se dirige. Cuando el usuario resuelve hablar, recurre al lenguaje (a

cuanto la *langue* ya le tiene previamente elaborado y dispuesto). Al mismo tiempo, como ese ‘querer hablar’ necesita materializarse en el *discours*, emplea y maneja los elementos así instituidos por la *langue* en cada uno de nosotros, con miras a construir, en momento ulterior, el futuro discurso que traducirá el pensamiento que lo promueve. El *discours* que voy a proferir como hablante comienza a construirse (=comienza a ser *una construcción*) sobre la base de los medios expresivos contenidos anteladamente en *langue*. La *langue* nos ofrece, así, los materiales. El *discours* representa el empleo, la puesta en movimiento. Claro está: esta observación apenas puntualiza la cronología interior de la actividad lingüística. Pero nos permite acercarnos a una conclusión.

7. Colofón

7.1. Hasta el momento, la sintaxis ha ofrecido dos perspectivas de estudio. O nos colocamos en un extremo del circuito, y juzgamos al enunciado como un producto, y estamos en el *discours*, con la consecuencia inevitable de que la sintaxis pertenece a esa perspectiva. O nos colocamos en el extremo opuesto, ahí donde el mensaje está apenas prefigurado en intención de contenido y el oyente es tan solo un objetivo previsible, y estamos en la perspectiva de la *langue*, con la consecuencia de que la sintaxis es un repertorio de posibilidades *ad libitum*, acumuladas en nosotros (en la memoria de nuestros usos) por gracia de nuestra experiencia de hablantes nativos.

7.2. Tal vez sea posible ofrecer una tercera perspectiva, a la luz de las contribuciones que en los últimos años provienen de varios campos cuya afinidad con la Lingüística se ha hecho evidente. Cualquiera de las dos perspectivas anteriores resulta, a todas luces, extra contextual, ajena al circuito de la comunicación. Creo en la posibilidad de una tercera perspectiva, que además de constituir el puente que enlaza (y asegura el sentido) a los dos primeros, hace tangible la vieja afirmación de que la sintaxis se ocupa de la *construcción*, y da a esta última palabra el claro perfil de operatividad que reclama su

propia etimología. El *estarse-construyendo-la-frase*, el instante en que, por no ser ya solamente material acumulado en la *continuidad* de la *langue*, sino selección practicada por el hablante, que es quien elige ‘formas vacías’ previstas en su experiencia de ordenador-de-frases, y, al mismo tiempo, garantizadas y prestigiadas en su viejo oficio de *interlocutor*, adquiere ahora capital importancia. El hablante ordena secuencias, con previsión de los moldes fónicos necesarios, con perfecta conciencia de qué signos verbales, signos posicionales y signos prosódicos encarrilan el *contenido* hacia la necesaria comprensión por *el otro* de la intención original. Y entonces la sintaxis se halla en ese interregno en que la *langue* se hace efectiva y el *discours* se hace potencial. Estamos en momentos en que están-en-curso-de-realización la frase. La sintaxis se ve así, sorprendida en su camino hacia la constitución de un enunciado-producto, pero generando —en tanto— en su tiempo operativo, las formas que darán virtud comunicativa a esa estructuración.

7.3. En ese período es cuando necesitamos descubrir a la sintaxis. En el plano de la comunicación, en que la estructuración sintáctica que vamos creando se siente urgida, desde la raíz del proceso creador, por los varios e irrecusables elementos del circuito; o dicho de otro modo, por el contexto. Y estamos en el campo del *discours*, que nos permite asistir al proceso de creatividad del hablante. En ese plano es donde apreciamos la responsabilidad creadora del hablante en tanto que promotor y difusor de las formas aseguradas en el sistema de la *langue*. Es en esta perspectiva donde se puede hacer visible al emisor la escisión postulada por Chomsky entre estructura profunda y estructura superficial (Chomsky 1970). Me hago cargo, por cierto, de que esta perspectiva permitiría hablar de una conducta sintáctica.

7. 4. Al mencionar la distinción chomskyana (que suele atraer al estudiante por razones ajenas, a veces, a su estricta significación) tengo muy en cuenta su propia aclaración de que “la estructura superficial es a menudo engañosa y nada explícita y que nuestro

saber lingüístico supone propiedades de naturaleza mucho más abstracta que no se indican directamente en la estructura superficial” (Chomsky 2002: 28). Si no nos hacemos cargo de los procesos mentales del hablante (y de los del receptor, previstos por aquel), no podremos comprender este asunto de la sintaxis, que solamente *existe* en función del receptor, porque existe únicamente en función de la comunicación que sus procedimientos hace visible. Si menciono la dicotomía chomskyana es fundamentalmente porque se reclama de la intuición y de la experiencia del hablante, aún cuando no ignoro que para muchos estudiosos tales conceptos no corresponden a un planteamiento científico. Pero ya Varvaro ha destacado que el sentido de una forma lingüística se define por la situación del emisor y el receptor, o sea, en términos no lingüísticos (1967: 385-389).

7.5. De otro lado, en esta visión operante de la sintaxis que nos permite ver al lenguaje en tanto que *Spractätigkeit*, se nos hace más operacional el proceso de organización de la frase: no vemos el resultado sino el desarrollo de la operación; y se nos torna más lúcido el fenómeno de la interpretación semántica del enunciado. Al analizar Ruwet, en su obra clásica, las relaciones entre la dicotomía chomskyana con la interpretación semántica y la representación fonética de las frases, destaca que la única pertinente para la interpretación semántica es la estructura profunda, gracias a la cual se pueden definir y precisar las categorías sintácticas. A diferencia de Chomsky, para quien la estructura profunda es un descubrimiento consecuencia del análisis formal, pienso que tiene más sentido admitir que el arranque de este mecanismo es de naturaleza psico-mecánica, o sea, del orden psicológico-gramatical, y se halla más cerca del campo de lo lógico-psicológico, tal como quedó planteado en la *Grammaire* de Port-Royal. Creo, asimismo, como ha puntualizado Coseriu con energía, que nada autoriza a identificar el concepto de estructura sintagmática profunda con el de la *Innersprachform* (1968: 35-37).

7.6. La importancia que suele atribuirse al hecho de aludir frecuentemente a la comprensión y a la semántica, cuando se habla de sintaxis, me parece exagerada. De modo irrecusable, comprensión y semántica son componentes iniciales de la teoría general del lenguaje. Son dignas de recordar a este propósito, las reflexiones del ilustre profesor de Oslo, Ragnar Rommetveit, cuando afirma que entre gramática y sintaxis existe tal interdependencia que no es dable concebir una teoría sintáctica adecuada sin una apreciable consideración a la semántica (1968: 35-37).

7.7. No hay que desatender una observación de Coseriu: el hablar no es solamente lengua. Aun limitándonos a lo lingüístico, implica actividades expresivas no lingüísticas; implica un saber hablar en general y un saber estructurar discursos. Hjelmslev decía, y con razón, que se habla con todo el cuerpo. Las lenguas no son claras ni oscuras; solo el hablar es susceptible de claridad o no.

Bibliografía

- BLINKENBERG, A.
1966 *Réflexions épistémologiques sur la divergence des méthodes de la grammaire*. Liège.
- BLOCH, B. y G. TRAGER
1942 *Outline of Linguistics Analysis*. Baltimore: Linguistic Society of America.
- BLOOMFIELD, L.
1933 *Language*. Nueva York: Henry Holt and Co.
- BOSQUE, I. y V. DEMONTE
1999 *Gramática descriptiva de la lengua española*. 3 vols. Madrid: Espasa-Calpe.
- CHOMSKY, N.
1970 *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid: Aguilar.

- 2002 *New Horizons in the Study of Language and Mind*. Cambridge: Cambridge University Press.
- COSERIU, E.
1968 “Coordinación latina y coordinación románica”. En *Actas del III Congreso de Estudios Clásicos*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos, 35-37.
- ESCOBAR, A.
1972a *Lenguaje y discriminación social en América Latina*. Lima: IEP.
1972b *El reto del multilingüismo en el Perú*. Lima: IEP.
- GLEASON, H.
1961 *An introduction to descriptive linguistics*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- GUILLAUME, G.
1964 *Langage et science du langage*. París: Nizet.
1966 *Revue Orthophonique*. XXIII, 4-19.
1971 *Leçons de Linguistique de Gustave Guillaume*. Lille: Presses universitaires de Lille.
- JAKOBSON, R.
1963 *Essais de linguistique générale*. París: Le Minuit.
- MARTINET, A.
1962 *El lenguaje desde el punto de vista funcional*. Madrid: Gredos.
1971 *Lingüística sincrónica*. Madrid: Gredos.
- MAURO, T. di
1986 *Minisemántica*. Madrid: Gredos.
- OSGOOD, Ch. *et al.*
1975 *La medida del significado*. Madrid: Gredos.
- PIAGET, J.
1966 *Le problème des mécanismes communs dans les Sciences de l'Homme*. En *Actes du sixième Congrès mondial de sociologie*. Vol. 1. *Unité et diversité en sociologie*. Ginebra: Association internationale de sociologie.

- POLITZER, R. y Ch. STAUBACH
1961 *Teaching Spanish. A linguistic orientation.* Boston: Ginn.
- ROMMETVEIT, R.
1968 *Words, Meanings and Messages. Theory and Experiments in Psycholinguistics.* Nueva York: New York Academic Press.
- SAUSSURE, F. de
[1916] 1987 *Curso de lingüística general.* Edición crítica de Tulio de Mauro. Madrid: Alianza.
- TRUBETZKOY, N.
1949 *Principes de phonologie.* París: Klincksieck.
- URIBE, O.
1970 *Sociolingüística: una introducción a su estudio.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- VARVARO, A.
1967 *Storia, problemi e metodi della linguistica romanza.* Nápoles: Liguori.